

rica y poderosa: *Nanahuáztin*, el pueblo pobre que ansiaba la nueva civilización. Fijémonos en el significado de las palabras. *Náhuatl*, el nahoá, el de la raza á que los tolteca pertenecían, hace su plural *Nanahua*, los nahoas; y agregando la terminacion reverencial *ztin*, natural en los venedores, tenemos *Nanahuáztin*, los señores nahoas, los tolteca, la raza conquistadora. Estos, que vienen de peregrinar, maltratados y pobres, como llegan las razas conquistadoras, como llegaron los bárbaros del Norte al corazon de Europa, se representan por el buboso, y ofrecen espigas de maguey. Como es la raza que impone el nuevo culto, es la que se arroja decidida á la hoguera, y hecha sol, recibe por altar la más alta pirámide, el *Tonatiuh Itzácuatl*. El otro personaje es *Tecuciztécatl*, la personificación de la raza vencida. *Tecume* quiere decir abuelos; *cicitin* significa abuelas; *técatl* es el nombre del habitante de un pueblo. No se usa la partícula reverencial *ztin*, pues jamas los honores y las glorias son para los vencidos. El nombre todo significa: el habitante de la tierra de nuestros abuelos; es decir, los nonoalca de Teotihuacan. Están en su ciudad poderosa y rica, y suntuosas son sus ofrendas. Pero no aceptan la nueva religion. *Tecuciztécatl* cuatro veces se dirige á la hoguera, y otras tantas retrocede: solamente cuando ve á *Nanahuáztin* arrojarse en ella, cuando los nahoas ya han impuesto la nueva religion, es cuando él se arroja, cuando acepta la ley nueva: y éso mediante la intervencion de la conquista armada. Estas vacilaciones de *Tecuciztécatl*, concuerdan con la muerte de los viejos dioses para que camine el culto nuevo, con la triple resistencia de *Xólotl*. Pero los adeptos que no tuvieron la primera fé, no merecen tantos honores como el pueblo que impuso el culto; y así *Tecuciztécatl* no es sol, sino que en luna se convierte, y por altar le toca la pirámide más baja, el *Meztlí Itzácuatl*.

No se encuentra, ni en los Vedas ni en Hesiodo, leyenda más hermosa, astronómica é histórica á la vez, como el nacimiento del sol y de la luna cuando la muerte de los viejos dioses de Teotihuacan.

Gomara y Gama, y con ellos el Sr. Orozco y Berra, cuentan el quinto sol desde la dedicacion de las pirámides, que hemos visto que fué en la misma fecha de la fundacion de Tóllan, en el año 674; de manera que á la toma de México por los españoles, en 1521, este sol habría tenido de antigüedad 847 años. Éste es uno de los pocos puntos históricos en que no estamos de acuerdo mi maestro el Sr. Orozco y Berra y yo. Semejantes disidencias son raras, aún cuando cada individuo vea de diferente manera y bajo diverso aspecto los hechos históricos, porque no solamente nos hemos comunicado siempre nuestras ideas, sino que hemos usado para escribir absolutamente de los mismos materiales: los libros comunes y de to-

dos conocidos, y las crónicas raras, obras importantísimas y manuscritos inestimables de la biblioteca del Sr. Fernando Ramírez, que á su muerte pasó á mi propiedad. Tómense estas disidencias por hijas de mi inexperiencia, y muy rara vez como resultado del capricho del sabio.

Ya hemos visto que los nahoas, en sus tradiciones cosmogónicas, contaban que el mundo había terminado en tres épocas que llaman soles, el *Atonatiuh* en que la humanidad pereció por agua, el *Ehecatonatiuh* en que acabó por nieves y huracanes, y el *Tletonatiuh* en que desapareció por el fuego. El quinto sol, que era en el que vivían los mexicanos, debía terminar segun sus creencias, cuando al fin de uno de sus ciclos de 52 años, ya no se pudiera encender el fuego nuevo, el sol no volviera á salir por el horizonte, y las *tzitzimine* bajasen del cielo á devorar á los hombres. De manera que la idea constante en la conclusion de cada sol, era que una gran catástrofe había puesto en gran peligro á la humanidad, ó más bien á la raza nahoá. Y se sabe tambien que despues de haber sido los agentes destructores de las tres primeras épocas, el agua, el aire y el fuego, se llamó el cuarto *Tlaltonatiuh*, sol de tierra, porque algo que en ella pasó ajeno á esos tres elementos, decidió la cuarta catástrofe. El códice Vaticano fija en tres pinturas geroglíficas las tres primeras épocas y su duracion, y nos marca claramente en cada una de ellas la manera con que pereció la humanidad. Así en el *Atonatiuh*, la diosa del agua, *Chalchiuhtlicue*, empuñando el estandarte de la lluvia y de la tempestad, baja sobre la tierra que está inundada de agua, en la cual se ve nadar á los peces, y en un ahuehuate que flota, al solo par que de la calamidad se salvó. En el *Ehecatonatiuh*, cuatro cabezas de *Ehécatl*, el dios de los vientos, soplan huracanes en todas direcciones, y *Quetzalcoatl* deja caer de los cielos lluvia de nieve que concluye con la humanidad, salvándose tan sólo otro par en una gruta. En el *Tletonatiuh*, sale del cráter de un volcan el dios amarillo, y vomita fuego sobre la tierra, en donde hasta las aves perecieron, salvándose únicamente un tercer par en una caverna subterránea. Si la cuarta pintura representase la conclusion de la cuarta época ó el fin del cuarto sol, se vería en ella á la humanidad pereciendo de nuevo, puesto que era tan fija en los nahoas la idea de que cada sol tenía que concluir con una gran catástrofe, que aún los mexicanos creían que su quinto sol debía terminar por completo con la vida de la humanidad. Pues bien, lo contrario se observa en la cuarta pintura citada. La diosa que baja del cielo, no es ninguna divinidad destructora; es *Xochiquetzalli*, la diosa de las alegrías y de los amores castos, cuyo nombre significa *flor preciosa*. La tierra está pintada de color rosado, como si de rosas estuviese tapizada. Brotan por donde quiera flores y frutos, y la diosa misma al bajar se columpia en ra-

mas verdes ornadas de rosas. En lugar del par desnudo que se salva en las otras catástrofes, vense aquí hombres y mujeres, vistosamente vestidos con adornos de ramas, que alegres hablan, llevando en las manos flores y banderas como en señal de fiesta. No es, no podía ser la representación del fin del cuarto sol, que debía terminar precisamente por una catástrofe. Ninguna explicación lógica podría darse, de que todos los soles, hasta el quinto, encerraban necesariamente la idea de una calamidad, y que sólo el cuarto había sido indultado de tan terrible destino.

Hay que buscarle, pues, su verdadera conclusión al cuarto sol: y nótese que se llamó *sol de tierra*, porque lo terminó una calamidad histórica; lo que ha hecho suponer inocentemente á algunos cronistas, que pudo concluir la cuarta edad por terremotos. Si buscamos sucesos históricos, encontramos al fin del siglo VI la destrucción del imperio tlapalteca; pero los tolteca no podían considerar este acontecimiento como una catástrofe; fué por el contrario el origen de su nacionalidad. Además, lo habrían señalado en sus geroglíficos.

Volviendo al códice Vaticano, yo creo que las pinturas de los soles pertenecían al *Teomoxtili* ó libro divino. Cuenta la crónica, que luego que se fundó Tóllan, se reunieron en un solo cuerpo las tradiciones de la raza, y que su autor fué Huemac. Nada más creíble que Huemac, la primera teocracia, que comenzaba imponiendo su imperio religioso en Teotihuacan y Cholóllan, y dedicando las tres pirámides á sus dioses *Tonacatecuhli*, *Tezcatlipoca* y *Quetzalcoatl*, cuidase de conservar y hacer imperecederas sus tradiciones divinas. Por eso, según ellas, pintaron los tres soles que habían pasado, y concluido con las catástrofes referidas; y como vivían en el cuarto, se limitaron á fijar los años trascurridos desde el tercero hasta la época de la pintura. Fué esa época la primera teocracia, época de bienandanza en que un pueblo, después de más de un siglo de peregrinación y de trabajos, se asentaba al fin feliz y poderoso, habiendo conquistado las grandes ciudades de Manhemí, Teotihuacan y Cholóllan. Y por eso es el pintar al pueblo en fiestas y contento, presidido por la bella diosa de la alegría. Yo me atrevería hasta decir, que el geroglífico representa á Tóllan en el año de su fundación, *ce tochtli* 674.

Pero ese mismo año nace el sol en Teotihuacan, y parece que hay razón para contar desde él el quinto sol. Pero nótese, que no fué una calamidad sino un triunfo, y que sería raro que como tal quinto sol no se hubiese puesto en los anales geroglíficos. Debemos, pues, buscar una nueva causa á este nuevo sol, y la vamos á encontrar en el orgullo de los mexicanos.

En el año 1116 se desmoronó el imperio tolteca, representante entonces de la antigua raza nahoa: los reinos del Norte habían desaparecido, y de

aquella bizarra y poderosa civilización no quedaba más muestra que Tóllan. La destrucción de la ciudad puso en peligro la existencia de toda la raza: fué para ella calamidad tan grande como sus anteriores destrucciones por el agua, el aire y el fuego. Ya no fueron los elementos los agentes de la desgracia, fueron las pasiones humanas, desatadas furias que hacen más daño que los desatados elementos. Ya no bajó del cielo la causa de las catástrofes: engendróse en la tierra, en el corazón de los mismos hombres; y por eso se llamó á este sol, el sol de tierra, *Tlaltonatiuh*. Los mexicanos, pueblo esencialmente orgulloso, habían querido tener su dios propio, y haciendo un dios de su jefe *Huitzilopochtli*, lo pusieron sobre los demás dioses de la raza. Habían querido tener una ciudad propia, y la levantaron sobre las aguas del lago, y la hicieron señora de su imperio y de sus conquistas. Como la raza tolteca era la representante de la más grande y más antigua civilización, quisieron aparecer sus herederos, y modificando su cronología, como veremos más adelante, dieron por principio á su viaje el año de la destrucción de Tóllan. Quisieron en su orgullo que ésta fuera una nueva era para toda la raza, é inventaron un quinto sol. La calamidad del cuarto era la destrucción de Tóllan, la nueva era, su peregrinación; el día en que concluyera el quinto sol, el sol mexicana, debía acabarse definitivamente el mundo. Yo no niego que los texcucanos, pueblo orgulloso también y rival de México, quisieran á su vez tener un quinto sol; que les pareciera humillante aceptar el mexicana; y que ya formada la fábula de Teotihuacan, tomaran este suceso como principio de la nueva era. Así me explico el texto de Gomara, quien lo tomó de Motolinía aún con el error de cálculo. Y así es cómo verdaderamente se vienen á concordar las opiniones encontradas del Sr. Orozco y mía.

De todas maneras, la dedicación de las pirámides de Teotihuacan y Cholóllan fué un gran suceso en la historia de la raza nahoa; fué el triunfo de sus ideas religiosas, la perfección, digamos así, de su conquista. La vieja civilización del Norte se planteaba en el centro de manera enérgica y segura. La primera teocracia de Tóllan, el primer Huemac, había cumplido su gran misión en el centro mismo, en el corazón del país. La civilización del Sur, dos veces vencida por los ameca y los ulmeca, lo estaba ya definitivamente y para siempre. La raza del Sur, como todas las demás, olvidando sus viejos orígenes, pretendería en lo de adelante y como un gran honor, el descender de los tolteca. El sol que se levantó sobre el *tzacualli* de Teotihuacan, inundó con sus rayos de oro todos los pueblos de las viejas civilizaciones.